

### *Sounds of Sweet Harmony*

Hay dos placeres universales en la vida que nos atraen a todos de inmediato: la comida y la música, mis dos grandes pasiones, que se complementan entre sí de múltiples maneras, cada una de ellas gratificante y evocadora de emociones que las palabras no suelen transmitir.

Mientras que la música agita el alma, un plato como un bizcocho ligero y ácido de terciopelo rojo, cubierto con un rico glaseado blanco y salpicado de migas, despierta los sentidos de la lengua. Para los golosos, es un manjar irresistible que invita a saborear cada bocado. Sin embargo, nada supera mi devoción por la música. Mis primeros recuerdos están llenos de los sonidos rítmicos de los himnos de la iglesia, que dieron lugar a mi nueva pasión. El primer instrumento que toqué fue la batería. De niña, sentía una atracción constante por explorar sonidos. Cuando recibí mi primer piano, fue como si me invadiera una oleada de emoción y asombro. Pasé incontables horas aprendiendo cómo cada melodía y cada acorde daban vida a la armonía. Fue la misma emoción que cuando probé por primera vez la tarta de terciopelo rojo: una explosión de dulce satisfacción.

Sin embargo, como todas las canciones, esta alegría terminó por desvanecerse. A diferencia de una melodía favorita, que puede reproducirse sin cesar, algunas experiencias permanecen irreversiblemente en el pasado. Cuando mi abuela falleció en 2023, la pérdida me pesó mucho. Compartíamos el amor por la repostería; de hecho, fue mi abuela quien me lo inculcó. Aunque compartíamos el favoritismo por la tarta de terciopelo rojo, nunca olvidaré la expectación de hornearla con ella, ansiosa por ver el resultado de nuestros esfuerzos.

En mi dolor, la música se convirtió en mi refugio. Intenté expresar mi dolor con una composición para piano dedicada a ella. Probé innumerables notas y melodías, pero ninguna captaba la perfección que yo quería mostrar. Fue entonces cuando me di cuenta de que tanto la música como la cocina comparten una exigencia inquebrantable de impecabilidad; no hay lugar para el error.

Recuerdo estar sentado al borde de la mesa del comedor, el aroma recorriendo la cocina, el vapor balanceándose vivamente de pared a pared. En la sala de estar; por toda la casa en realidad, un olor muy rico y cautivador. La rebanada emplataada que mi abuela había preparado ella misma brillaba bajo la luz, con migas esparcidas por el plato. Mientras saboreaba el último bocado, descubrí una rara sensación de armonía, muy parecida a la plenitud que encuentro en la música.

De forma parecida a los muchos ingredientes que hay para crear un pastel perfecto, había perfección en cómo cada aspecto de una composición musical se une, y simplemente sabiendo que es una pieza completa. Fue un placer momentáneo, pero genuino, que no cambiaría por nada. Crear esa pieza para piano me enseñó que la vida de cada persona tiene su propia duración, su propia melodía. Como cada canción tiene un principio y un final inevitable, así es la vida. Sin embargo, la esencia de la música perdura con fuerza. Su propio ritmo como el corazón y la belleza se convierten en parte del espíritu musical, sonando para siempre.

